



18 Colección
Ciencias Sociales

Humanismo y transhumanismo: reflexiones desde las ciencias humanas y sociales

Gustavo A. Muñoz Marín, Jesús David Cifuentes Yarce
Compiladores



Universidad
Pontificia
Bolivariana

128

M971

Muñoz Marín, Gustavo A., compilador

Humanismo y transhumanismo: reflexiones desde las ciencias humanas y sociales /

Gustavo A. Muñoz Marín y Jesús David Cifuentes Yarce, Compiladores – 1 edición –

Medellín : UPB, 2021. -- (Colección Ciencias Sociales)

296 páginas : 14 x 23 cm.

ISBN: 978-628-500-005-8

1. Antropología filosófica – 2. Multiculturalismo – 3. Ecosofía – I. Cifuentes Yarce, Jesús David, compilador – II. Título

CO-MdUPB / spa / RDA

SCDD 21 / Cutter-Sanborn

© Varios autores

© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana

Vigilada Mineducación

Humanismo y transhumanismo: reflexiones desde las ciencias humanas y sociales

ISBN: 978-628-500-005-8

DOI: <http://doi.org/10.18566/978-628-500-005-8>

Primera edición, 2021

Escuela de Ciencias Sociales

Facultad de Trabajo Social

CIDI Grupo Territorio, Radicado: 607B-05/16-12

Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades

CIDI Grupo Epimeleia, Radicado: 195C-06/18-42

Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Pbro. Julio Jairo Ceballos Sepúlveda

Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Fernández

Decano de la Escuela de Ciencias Sociales: Omar Muñoz Sánchez

Gestora editorial: Dora Luz Muñoz Rincón

Editor: Juan Carlos Rodas Montoya

Coordinación de Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: Ana Mercedes Ruiz Mejía

Corrección de Estilo: Santiago Gallego

Foto Portada: Shutterstock ID: 1785552848 y 1958748352

Dirección Editorial:

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2021

Correo electrónico: editorial@upb.edu.co

www.upb.edu.co

Telefax: (57)(4) 354 4565

A.A. 56006 - Medellín - Colombia

Radicado: 2138-20-08-21

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

Representaciones histórico-sociales del tiempo y del espacio en relación con las tecnologías de la comunicación

Pedro Colangelo Kraan*

Este trabajo resume las principales conclusiones de la tesis doctoral en Ciencias Sociales denominada *El instante y el infinito. Representaciones histórico-sociales del tiempo y del espacio en relación con las tecnologías de la comunicación*. El problema estudiado es de crucial importancia por varias razones:

- Es fundamental para la historia de las ideas, puesto que tiempo y espacio son dimensiones constitutivas de las experiencias vital e histórica humanas.
- Para la comunicación y las ciencias sociales, porque la comunicación, entendida como disciplina, comprende procesos de

* Doctor en Ciencias Sociales (UPB, Colombia), magíster en Planificación y Gestión de Procesos Comunicacionales (UNPL, Argentina) y licenciado en Comunicación Social (UNLP, Argentina). Docente de Comunicación en la Universidad Politécnica Salesiana (Cuenca, Ecuador).

interacción, a menudo mediados tecnológicamente, y que se despliegan y refieren al tiempo y el espacio.

- Para las ciencias sociales, porque no puede concebirse la vida social contemporánea por fuera de tres dimensiones constitutivas, sólidamente relacionadas: tiempo, espacio y tecnologías de la información, comunicación y entretenimiento.

Las tres dimensiones deben comprenderse desde su constitución histórico-social y desde diferentes disciplinas que les atribuyen a las actuales tecnologías de la información y comunicación (conocidas como TIC), casi en exclusividad, la responsabilidad de acelerar los ritmos sociales y, por consiguiente, de instituir representaciones e imaginarios sociales.

Pero esta afirmación es falsa o, al menos, no es del todo cierta. Si bien estas tecnologías contribuyeron enormemente, en volumen y velocidad de innovación, a esta percepción generalizada, mi supuesto difiere de esta aseveración. Más bien, el proceso de aceleración es una consecuencia histórica de la búsqueda de velocidad en desplazamientos y de tráfico de información, toda vez que la rapidez es un valor considerado positivo en la tradición occidental, pero la modernidad posindustrial fue elaborando el discurso de que el tiempo se aceleró por el casi exclusivo concurso de las TIC. Mediante un rastreo histórico, me propuse demostrar que la creencia de que la aceleración es un fenómeno exclusivo de la modernidad comunicacional es errónea.

Mediante un análisis crítico de textos filosóficos, literarios y científicos, y también de pinturas, busqué argumentar que las tecnologías condicionaron desde siempre la percepción y comprensión del tiempo y el espacio, aunque desde el advenimiento de las redes digitales el fenómeno de la aceleración del tiempo se potenció en el imaginario social. De esta aseveración hipotética se desprendieron dos supuestos que rodearon la investigación:

- El discurso científico-técnico, por un lado, y la utilización de los mecanismos tecnológicos, por otro, son fundamentales para entender los cambios en las percepciones y las reconfiguraciones de las relaciones tiempo-espacio en los sujetos.
- La interacción con las tecnologías de la información, comunicación y entretenimiento determinan constantemente

nuevas formas de representaciones colectivas e imaginarios sociales del tiempo.

En consecuencia, los objetivos fueron:

- Analizar, desde una perspectiva sociohistórica, las representaciones del tiempo y del espacio que los sujetos desarrollaron con relación a las tecnologías de la comunicación.
- Examinar los modos y contextos en que se concibieron históricamente las nociones de tiempo y espacio.
- Evaluar críticamente las formas en que los sujetos fueron constituidos por las tic.
- Interpretar las tensiones existentes en torno a las representaciones de las dimensiones temporal y espacial producidas por la interacción con las tecnologías de la comunicación e información.

El informe de investigación está ordenado en seis capítulos y un epílogo, del que aquí se presenta una síntesis.

En el capítulo “Aproximaciones a la tecnología” se propone un recorrido crítico a partir de las sucesivas ideas que la técnica y la tecnología suscitaron, y se analiza cómo sus concepciones se convirtieron en parte esencial del discurso de la modernidad. Amplié la denominación TIC a “TICYE” por considerar el entretenimiento como parte fundamental del rol social que este cumple en la modernidad comunicacional. Se trataron las relaciones de los sujetos con las TICYE, a las que se denominaron “operaciones de reconocimiento”. Estas relaciones son la *interactiva* y la *interactancial*.

En la operación interactiva el sujeto se encuentra en igualdad de condiciones con la máquina (y con los demás, a través de su mediación). En la interactancial el sujeto exhibe una dependencia de la máquina, a la que se le atribuye inteligencia. Ambas relaciones conforman un entorno tecnológico naturalizado: sujeto y objeto cumplen un acto de implicación o reconocimiento mutuo. La implicación es afectiva y se encuentra “siempre-ya” establecida, *reificada*. Así, las TICYE funcionan como una “reificación invertida” porque el usuario confiere a la máquina rasgos humanos; se percibe aquí un desplazamiento de la deshumanización: ya no del hombre hacia la máquina, sino a la inversa.

Se analizaron los debates referidos al determinismo tecnológico, los marcos sociales tecnológicos, la innovación sociotécnica y las posturas encontradas entre “tecnofílicos” y “tecnofóbicos”. En torno a estos debates, dos aspectos merecen ser resaltados: que la presencia tecnológica en las sociedades comunicacionales modernas es un hecho ya irreversible, y que se produce un marco social tecnológico de tres elementos que se realimentan mutuamente: ambiente social, artefacto y tecnología existente.

Este marco permitió definir la actual etapa de las sociedades occidentales u occidentalizadas como “modernidad comunicacional”. Esta se provee de una serie de características impuestas por la denominada “hegemonía cultural”, en el sentido dado por Gramsci (1999, p. 78). La principal arma hegemónica es el entretenimiento, además de la creación de falsas necesidades, idea presente en los pensadores de Fráncfort.

La modernidad comunicacional se define, principalmente, por el discurso tecnológico, y tiene sus raíces en los imaginarios del progreso, el desarrollo y lo tecnocomunicacional. Las TICYE se constituyeron en el entorno dominante y determinante para producir un tipo particular de sujeto: el comunicacional.

El capítulo “Tiempo y espacio en la sociedad de la información” indaga en los orígenes y las bases ideológicas de esta denominación de sociedad, verdadero emblema del discurso de la globalización. Aquí se introducen las primeras ideas de tiempo y espacio vinculadas a lo mítico para conectarlas con el paradigma de la modernidad occidental. Se relacionan históricamente distintas concepciones de tiempo y espacio para demostrar que las tecnologías de la velocidad surgieron mucho antes de la modernidad.

Se consideran las ideas de aceleración, velocidad y rapidez como fenómenos presentes en las sociedades occidentales desde tiempos anteriores al capitalismo o a la Edad Contemporánea. La historia de las tres nociones engloba tanto el tiempo como el espacio, toda vez que la conciencia humana entiende el tiempo como un recurso limitado, por lo que la velocidad es una virtud estratégica. En lo referente al espacio, las sociedades sostuvieron su existencia en función de la necesidad de expandir constantemente sus espacios vitales. Estos, a su vez, se relacionan con la idea social del futuro. Las causas de la ampliación de los espacios vitales son:

- Saturación de los espacios de referencia territorial.
- Búsqueda constante de recursos para su explotación.
- Permanente ampliación y consolidación de las fronteras administrativas y militares.
- Obediencia a los postulados de una ideología del progreso que se fue imponiendo en el imaginario colectivo de manera casi universal.

El capítulo “Tecnologías de la comunicación como representaciones” considera los alcances de la “inmediatez” y otros términos afines como los valores esenciales de la modernidad comunicacional. Como consecuencia, se analizan las representaciones sociales de la aceleración y sus efectos sobre los sujetos.

El término moderno “sujeto” es el fruto de una producción histórico-social que se dio conforme el hombre fue desarrollando su autoconocimiento. Para que el sujeto se declarara existente, debía haber una toma de conciencia de su situación y de su pensamiento: tales son las características del sujeto cartesiano. El sujeto moderno es el que, por su pensamiento y su afán de conocimiento, constituye la realidad. En términos marxistas, el sujeto, para serlo, debe asumir el control de su historia, pero está alienado por el trabajo y el modo de producción capitalista. Para los teóricos críticos, el sujeto se aliena también por la tecnología y la aceleración.

El sujeto de la modernidad comunicacional aparece como autosuficiente, conquistador y libre, pero lo es solamente de forma virtual. En realidad, es un sujeto “sujetado” por sistemas de control, pautas de consumo y mecanismos de imposición cultural. Es dependiente de los discursos mediáticos, la publicidad, la propaganda y el entretenimiento. La producción y el consumo del discurso tecnocomunicacional se basa en los deseos cambiantes del sujeto, no en sus necesidades. Este es, para Horkheimer y Adorno (1994, pp. 200-202), un sujeto “vaciado de libertad”, dependiente del discurso tecnológico, pasivo y manipulable. En otras palabras, el sujeto está, por una parte, alienado por el orden capitalista, y, por otra, cosificado por la comunicación de masas y la producción industrial de la cultura. En términos de Enzensberger (1971, pp. 8-9), el sujeto es presa de la industria elaboradora de la conciencia.

En la modernidad comunicacional se vive en un eterno presente; incluso, para la anticipación tecnológica, el futuro se repre-

senta como un tiempo a corto plazo, inmediato, veloz. Estas características forman parte de los imaginarios sociales de la tecnología. Las respuestas a estos imaginarios es la innovación social, la política y la tecnocientífica, que producen deslumbramiento. Así se origina un circuito recurrente entre determinismo, dependencia y deslumbramiento. Esta tríada hace de la modernidad comunicacional un sujeto que, según Feinmann (2008, p. 715), se asemeja a un “recipiente” que es necesario llenar de contenidos todo el tiempo con la creación mediática de realidad, de “alucinaciones colectivas” o, como prefirió Baudrillard (1987, pp. 25-31), de “simulacros”.

Términos como “representaciones” e “imaginarios sociales” son esenciales. Ambos conforman sistemas simbólicos que articulan ideas, ritos y modos de acción; producen sentidos sociales significativos para las prácticas colectivas e implican tanto un repertorio de formas de conocimiento como la producción de sumisión.

La modernidad comunicacional transcurre en dos ámbitos forjados como imaginarios sociales tecnológicos que conforman lo que Lévy llamó “cibercultura” (2011, pp. 95-116): ciberespacio y cibertiempos. El primero puede definirse como un lugar inmaterial, un imaginario infinito cuyo lugar de existencia forma parte del relato mítico digital; es una geografía a-espacial. El cibertiempos refiere al área de despliegue de la cibercultura, cuyo ritmo es coercitivo porque el sujeto debe adecuarse a un ritmo maquinal, más veloz que su propia capacidad natural de discernimiento. El cibertiempos es el tiempo del no-horario, un tiempo elástico, suplemento de la virtualidad. Tanto el ciberespacio como el cibertiempos son parte de la dictadura espacio-temporal digital.

En el capítulo “El problema del tiempo”, se retoman las reflexiones histórico-sociales de la construcción cultural del tiempo desde la óptica de la historia de las ideas. El origen del tiempo, como casi todo cuerpo de conocimiento social, es mítico. El mito implica una dimensión moral y ordena la experiencia. El triunfo del orden sobre el caos garantiza la sucesión y la previsión, aspectos que necesitan el tiempo para desplegarse. Desde la perspectiva mítico-religiosa, primero, y luego desde una óptica filosófica, el tiempo se pudo admitir como sucesión, es decir, como acto disciplinario.

En el capítulo se estudiaron las formas de percibir el tiempo en la vida social, y la creación y evolución de las tecnologías de su dominio. Se revisaron las maneras en que el tiempo penetró en las

conciencias a través de una “dimensión tecnológica del tiempo”: calendarios, relojes, cronómetros, todas técnicas de control social. En síntesis, el tiempo es una institución social, como propuso Castoriadis: ajusta las acciones de los individuos y los grupos (2010, pp. 328-334). Y es tanto “autocoacción”, según indica Elias (2013, p. 152), como referencia social.

El capítulo “El tiempo representado” se centra en las metáforas y representaciones del tiempo en la historia, tanto desde la cotidianidad como desde los testimonios de la pintura y la poética. El punto de partida fue esta sentencia: no hay sentido del tiempo sin su representación a través de ideas, imágenes y pensamientos. Se escogió la metáfora para comprender la relación del tiempo con las imágenes que históricamente provocó en los imaginarios sociales. En términos de Ricoeur (2004, p. 31), la metáfora es la producción de “nuevas pertinencias semánticas”. Tiene varias funciones: en primer lugar, es normativa; luego, es relacionante; y, por último, es explicativa.

La metáfora es fundamentalmente expresiva y se opone al nombre o al lugar común que designa lo literal. Una representación se origina en un “lugar propio” de representación, pero cuando se internaliza en formas de representación colectiva o en el imaginario social pierde su singularidad y se hace “lugar común”. Por ejemplo, el reloj como metáfora del tiempo perdió su “lugar propio” para convertirse en “lugar común”. Los universos metafóricos y el de lo imaginario son contiguos: sentido, acción y realidad conforman la naturaleza simbólica del ser humano. La literatura y la pintura fueron capaces de producir imágenes del tiempo a partir de la imaginación, de la imaginación productiva (como el arte) y la reproductiva (como adaptación cultural).

Desde el Renacimiento, la imagen del tiempo fue adquiriendo, además de una dimensión existencial-moral, de carácter sensible, una dimensión económica, representada fundamentalmente a través del reloj como tiempo racionalizado e inteligible. A partir del siglo xx, la representación del tiempo se volvió abstracta. Y en la modernidad comunicacional, época de sobrecarga y superposición, la imagen de la temporalidad está más en la velocidad de reproducción que en el motivo de lo reproducido. En las artes plásticas, el tiempo se presenta en términos del momento real de la experiencia: convergen sin distinción el tiempo y el espacio. En síntesis, la ima-

gen consistió primero en imitación, como en la pintura; luego en copia, como en la fotografía o el cine, y, finalmente, es sustitución, como en la virtualidad.

En el capítulo “De la memoria y del olvido”, se reflexiona sobre ambos términos, entendiéndolos como referencias a las maneras en que el tiempo “aparece” y “desaparece”, como anverso y reverso del juego representacional del pasado, tanto desde una perspectiva colectiva como individual. Es la memoria la verdadera dimensión humana del tiempo porque define, además de aquello que “ha tenido lugar”, lo que “ha tenido tiempo”. Se analiza la memoria individual y la colectiva, tanto como el olvido, y el concurso fundamental de las “tecnologías de la memoria”, dispositivos que cumplen el papel de decidir qué y por qué motivos debe ser recordado y qué cosas deben ser olvidadas. Se analiza el rol del sujeto de la modernidad comunicacional que, sometido a una vorágine de incontables estímulos, ha perdido gran parte de su capacidad natural de retención.

En atención a los objetivos planteados de investigación, puede concluirse en tres grandes bloques argumentales que se exponen a continuación.

Examinación de los modos y contextos en que se concibieron históricamente las nociones de tiempo y espacio

Si bien es cierto que a lo largo del tiempo las tecnologías, en general, despertaron rechazos y adhesiones por partes iguales, es a partir del siglo XX cuando la cultura occidental experimentó una creciente sugestión y deslumbramiento tecnológico (o fetichismo, en términos de Marx o de Horkheimer y de Adorno).

Las tecnologías, en general, se convirtieron en parte sustancial del discurso de la modernidad, mientras que las TICyE, en particular, caracterizan al de la modernidad comunicacional. Ambos discursos se hallan hoy profundamente *reificados* en la vida cotidiana de las sociedades occidentalizadas y forman parte indisoluble de las representaciones colectivas y del imaginario social. La aceleración pertenece a la condición cultural del hombre, que se sabe finito y debe, por lo tanto, desafiar, con el uso de la velocidad, el paso inexorable del tiempo.

El sujeto advierte que todo se acelera porque su entorno comunicacional así se lo indica. Sin embargo, no es el tiempo lo que se acelera, sino sus representaciones, y, como consecuencia, los “sistemas temporales” de grupos sociales e individuos. La percepción

del tiempo es el resultado de los discursos y actos que lo involucran, tanto directa como indirectamente, y que son constitutivos de la vida social. La importancia del tiempo como control de la actividad productiva humana se incrementó desde finales de la Edad Media, como lo atestiguan la filosofía, la pintura y la literatura.

De la idea moderno-comunicacional de aceleración surgieron eslóganes que siempre pretendieron explicar, en general de manera acrítica, el espíritu de la época contemporánea: sociedad de la información, sociedad del conocimiento y aceleración social. De estas caracterizaciones de las sociedades occidentales del tercer milenio surgió y se consolidó el término “ciberespacio”, al que se añadió el de “cibertiempo”. Con “cibertiempo” se alude a una temporalidad elástica, accesoria de los ritmos controlados por la virtualización de la sociedad y las relaciones entre sujetos, y cuya consecuencia más conspicua es la incertidumbre. El cibertiempo obliga al sujeto a multiplicar sus actividades, con la consecuencia de una pérdida en la calidad de sus actos; también produce una alteración en su capacidad de atención y de reacción ante una multiplicación de estímulos, amén de proporcionarle la ilusión de que se le superponen diferentes formas de tiempo.

Además, la representación del tiempo, de cuño esencialmente moral, fue, desde finales de la Edad Media, contigua a la finitud terrenal, y, por lo tanto, a las ideas de la muerte y la salvación. Esta manera de representar el tiempo se relacionó secretamente con la memoria, con la permanencia que el “más allá” garantizaba a probos y obedientes. En cambio, desde la modernidad contemporánea las representaciones del tiempo concernieron a una especie de “eternidad” del instante, de existencia efímera pero constante, cuya referencia es el olvido, un “más acá” que rezuma inmediatez.

Por otra parte, el arte representó el tiempo mediante metáforas existenciales de lugares comunes animados por preceptos moralizantes, producto de la imaginería cristiana. Pero en el arte posterior, el estatuto del tiempo es bien diferente. El siglo XIX puede ser considerado una “bisagra”: la representación del tiempo comenzó a abordarse de acuerdo con las interpretaciones subjetivas del artista, a quien se le fue aceptando una mirada individual sobre la realidad. Ya bien entrado el siglo XX, y aunque el tiempo se haya arraigado como dimensión constitutiva de la sociedad o como institución social, pasó a ser irrepresentable. Desde entonces carece de una re-

ferencia común, de una imagen inequívoca, y fue privado de su simbología tradicional. En la modernidad comunicacional no hay una forma inequívoca de representarlo.

Muchos autores se inclinaron por la referencia no metafórica a una “pluralidad de tiempos” o unos “tiempos múltiples” para explicar el desfase provocado por las actividades superpuestas y la multiplicidad de estímulos que se presentan a propósito de la confluencia de las TICYE. Pero no hay, en rigor, tal pluralidad. Lo que ocurre es que el sujeto de la modernidad comunicacional es capaz de reconocer una serie de formas diferentes de apreciar el tiempo, pero no mezcla el tiempo de la física con el del ocio, ni el de los calendarios con el de la espera. Tampoco confunde el del reloj con la percepción del tiempo interior, que fluye de manera subjetiva. El sujeto “sabe” que el tiempo pasa siempre con el mismo ritmo monótono: no acelera ni se detiene, pero se le impone, y este lo acepta como una realidad objetiva.

Evaluación crítica de las formas en que los sujetos han sido constituidos por las tecnologías de la comunicación e información

La nominación característica del sujeto propio de cada época es fruto de la propensión a calificar la relación entre individuo, capacidad técnica y conocimiento. El de la modernidad comunicacional no es necesariamente un sujeto de conocimiento, fundamentalmente porque bajo la ilusión de conocer, interpretar y, aun, de controlar la realidad mediante sus dispositivos, más bien es dominado por al menos tres instrumentos de control: el propio dispositivo, el sistema de medios y las industrias de innovación tecnológica, tríada que conforma las TICYE y cuya interdependencia es fundamental.

La existencia cotidiana está saturada de medios y tecnologías de comunicación e información. No queda casi espacio alguno de la vida cotidiana que escape al influjo de las TICYE. Es necesario subrayar que este estado de cosas escapa a la voluntad de los individuos; cada vez los sujetos disponen de menos posibilidades de mantenerse al margen, alejados o indiferentes frente a las TICYE. En los entornos laborales, afectivos y educativos, entre otros, permanecer ajeno al mundo tecnocomunicacional equivale a autocondenarse a la no-pertenencia, al ostracismo, al olvido y al aislamiento.

La literatura aportó una crítica apasionada, en general no desprovista de pesimismo y desilusión frente al creciente sometimiento del hombre ante la máquina. En su discurso ficcional, la literatura se

atrevió a exponer, sin los tapujos de las ciencias sociales, los temores más profundos que la tecnificación acarrea para las sociedades modernas, sintetizada en la invasión de lo tecnológico y lo comunicacional en la vida sociocultural: control, modalidades de trabajo, interacciones sin interrupción e incapacidad o falta de voluntad para la desconexión, etc.

Respecto de la percepción del tiempo, este aparece como anclado en la ilusoria duración del instante. De modo que el sujeto se somete a lo instantáneo, que es a la vez urgencia y simultaneidad. En la modernidad comunicacional, todo simula ser presente porque las TICyE renuevan lo que repiten y repiten la novedad, y en este juego se borronan constantemente los límites de la memoria y del olvido. Por estas razones, el de la modernidad comunicacional es un sujeto de la inmediatez.

Interpretación de las tensiones existentes en torno a las representaciones de las dimensiones temporal y espacial producidas por la interacción con las tecnologías de la comunicación e información

Los orígenes de las representaciones del tiempo pueden entenderse desde dos lógicas: una *existencial* y otra *instrumental*. Ambas se determinan y complementan. Una y otra condicionaron históricamente los atributos culturales y psicológicos de los sujetos.

La lógica existencial tiene una raíz metafísica y su origen es tan antiguo como el hombre mismo. Emparentada con los mitos de creación, mediante esta se intentó responder a la inquietud que siempre supuso la condición finita del ser humano. Este tipo de representación comprende fundamentalmente las imágenes (pintura, escultura) y, en menor medida, la palabra (textos, cantos). El ámbito de esta lógica es lo sagrado, lo mágico-ritual, lo mitológico, y su objetivo práctico abarca lo pedagógico y moral.

La lógica instrumental añade, al carácter mágico-ritual de la anterior, elementos técnicos y aspectos abstractos. Hay aquí una extraña bifurcación: por un lado, la representación visual se vio enriquecida por el carácter abstracto del tiempo, provisto por los instrumentos de su medición, y, por otro, la representación pasó a internalizarse en los sujetos como patrones de conocimiento objetivo de administración del tiempo.

La lógica instrumental no se limitó únicamente al ámbito representacional de los objetos técnicos (sobre todo relojes), sino que comprendió un universo de sentidos (tiempo de trabajo, sagrado,

mítico, etc.) que se fueron sometiendo a la tiranía del tiempo social. A diferencia de la lógica existencial, cuya representación, mayormente visual, es fija, inmóvil, en la lógica instrumental la temporalidad es móvil y se concibe como veloz. El objetivo ya no es pedagógico y moralizante, sino preceptivo.

Las tensiones ocurridas entre las lógicas descritas estuvieron generalmente relacionadas con dos maneras de contar, concebir y comprender el tiempo, sobre todo en el propio ámbito de la lógica instrumental. De una parte, estaba el tiempo disponible para el sujeto, el tiempo íntimo de nuestra única e irrepetible existencia, limitado; de otra parte, el tiempo continuo, “cósmico”, de las múltiples interacciones sociales, el tiempo inagotable de la historia. Y las tecnologías —fundamentalmente las de información, comunicación y entretenimiento— tendieron a unificar ambas lógicas en una percepción “general” del tiempo, sin que por ello las tensiones desaparecieran.

La arrolladora superposición de obligaciones y estímulos informativos, y la multiplicación de espacios (virtuales) de entretenimiento, combinadas con la velocidad de respuesta e interactividad, dan como resultado una alteración en el ritmo temporal, tanto para los individuos como para la totalidad de la existencia social. Aquel que no sepa, pueda o desee adaptarse al ritmo social que se le impone con voraz fuerza coactiva queda excluido —voluntaria o involuntariamente— del sistema de representaciones colectivas de la modernidad comunicacional.

Sin embargo, las tensiones existentes en torno a las representaciones de tiempo y espacio no son producidas por concurrencia de las TICyE. Más bien la evolución sistemática de las tecnologías de la comunicación es el resultado de la búsqueda de una constante satisfacción de necesidades económicas, sociales y políticas pergeñadas y promovidas estratégicamente por grupos y clases hegemónicas.

Independientemente de los argumentos esgrimidos por tecnofílicos y tecnofóbicos, y pasando por las posturas intermedias, denominadas “de tecnología sintomática”, las representaciones colectivas y los imaginarios sociales producidos por las TICyE abarcan la casi totalidad de las sociedades occidentales u occidentalizadas. En este contexto, las representaciones convergen en una “triple d”: un círculo conformado por determinismo-deslumbramiento-dependencia, del cual es prácticamente imposible mantenerse al margen.

Es en el seno de esta “triple d” donde se manifiestan las funciones, reales o aparentes, de estas tecnologías, que los sujetos conciben en general de manera acrítica.

Referencias bibliográficas

- Baudrillard, J. (1987). *Cultura y simulacro*. Barcelona: Kairós.
- Castoriadis, C. (2010). *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona: Tusquets.
- Elias, N. (2013). *Sobre el tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Enzensberger, H. M. (1971). *Elementos para una teoría de los medios de comunicación*. Barcelona: Anagrama.
- Feinmann, J. P. (2008). *La filosofía y el barro de la historia*. Buenos Aires: Planeta.
- Gramsci, A. (1999). *Cuadernos de la cárcel, vol. 5*. Puebla: Era / Universidad Autónoma de Puebla.
- Horkheimer, M. y Adorno, T. (1994). *Dialéctica de la ilustración. Fragmentos filosóficos*. Madrid: Trotta.
- Lévy, P. (2011). *Cibercultura. La cultura de la sociedad digital*. Barcelona: Anthropos / Universidad Autónoma Metropolitana.
- Ricoeur, P. (2004). *Tiempo y narración. Vol. I: Configuración del tiempo en el relato histórico*. México: Siglo XXI Editores.